

# ¿UNA MISTICA DE LA EVANGELIZACION?

## INTRODUCCION

La feliz conjunción de dos acontecimientos eclesiales —el Sínodo sobre los Laicos a celebrarse en octubre de 1987 y el desafío de una “nueva evangelización” que nos planteó Juan Pablo II en su discurso de Santo Domingo— hacen releer, una y otra vez, la *“Evangelii Nuntiandi”*. Es en tal contexto que nos atrevemos a formular un interrogante como hilo conductor de estas páginas. Y es el siguiente: *¿El Pueblo de Dios —en cuanto tal— posee una espiritualidad propia, una mística común y a la vez específica?* Intentaremos aproximarnos a una respuesta en el presente artículo.

En la Iglesia existen “espiritualidades”. A lo largo de la historia se fue configurando —en oriente y occidente— un rico mosaico de modos de vida eclesiales. Es un hecho que pocas pinceladas lo tornan evidente.

El dinamismo misionero de la Iglesia naciente, con su espiritualidad apostólica, testimonial —martirio— y apologética, dio origen luego al monacato. Cuando las jóvenes comunidades cristianas son reconocidas en el Imperio Constantino, cobra dinamismo el anhelo de “fuga mundi” inspirador de la espiritualidad monástica. Antes que ésta se diversifique en las tradiciones benedictinas, eremíticas, cistercienses y trapenses, el monaquismo en su conjunto desempeñó un rol protagónico en la inculturación de la fe cristiana en Europa naciente. Análogo proceso desarrolló el hesicasmo en el oriente.

En los umbrales del medioevo, primero las órdenes canónicas y luego las mendicantes afianzaron, con sus respectivos matices, una cultura espiritual de cristiandad. Agustinos, dominicos, franciscanos, mercedarios y trinitarios, afirmaron diversos acentos en el intento continuado de encarnar el Evangelio en la vida.

Tanto los movimientos del misticismo neoplatónico como los inspirados por la “devotio moderna” evidencian que la “espiritualidad” no es un privilegio de algunos —clérigos o monjes—, sino una posibilidad abierta a todo bautizado.

En los inicios de la modernidad, cuando el medioevo entra decididamente en crisis, hombres como Cayetano de Thiene e Ignacio de Loyola abren nuevos caminos al fundar las órdenes de clérigos regulares. Los teatinos y jesuitas representan opciones nuevas de espiritualidad, radicalmente diversas a la institución monacal.

El período de reforma y contrarreforma es testigo de los esfuerzos de Teresa de Avila y Juan de la Cruz para injertar retoños de auténtico radicalismo evangélico en el viejo tronco del Carmelo.

Francisco de Sales y Vicente de Paul, entre otros, recuerdan la vocación a la caridad de todo bautizado. La vida cristiana puede ser plenamente vivida en el mundo.

La descristianización de la sociedad parece desmentirlo. Se multiplican las congregaciones y sociedades clericales y laicales, cada una con su espiritualidad propia derivada del carisma fundacional. La Iglesia cobija en su seno multiplicidad de espiritualidades. En la imposibilidad de sintetizar tal diversidad se consideran las espiritualidades conforme a los tipos de vida. Así se habla de una espiritualidad activa, de otra contemplativa, y de una espiritualidad activo-contemplativa, o mixta.

Después del Concilio Vaticano I, comienzan a surgir síntomas de renovación más profundos. Nacen y se desarrollan contemporáneamente los movimientos bíblico, litúrgico, patrístico, ecuménico, mariológico, catequístico. Cada uno aporta su propia "espiritualidad".

La acción católica, los movimientos apostólicos y los institutos seculares, afirman una espiritualidad laical. El mundo obrero, la vida conyugal, el compromiso político, el trabajo intelectual, van configurando búsquedas de espiritualidades propias. En esta línea los ejemplos son numerosos: movimiento por un mundo mejor, focolares, Schönstatt, carismáticos, cursillos de cristiandad, Opus Dei, etc. La espiritualidad del sacerdote diocesano no queda al margen.

Sería incompleto el panorama si no se incluyeran los énfasis aportados por la renovación de la teología. Se hace frecuente el hablar de espiritualidad cristológica, pneumatológica, trinitaria, eclesiológica, mariana, misionera, escatológica, etc.

Detrás de cada una de las espiritualidades señaladas está el intento —y la realidad— de llevar adelante una vida cristiana con peculiar intensidad<sup>1</sup>. Cada una tiene su peculiar legitimación, historia, protagonistas y santos.

<sup>1</sup> Cfr. A. Queralt, *La "espiritualidad" como disciplina teológica*. "Gregorianum" (Roma) LX (1979), 342.

¿Qué horizontes surgen luego del Concilio Vaticano II? En pleno desarrollo de las sesiones conciliares, Pablo VI lo caracterizó como

*... la hora en que la Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio*<sup>2</sup>.

La respuesta a la pregunta ¿Iglesia, qué dices de ti misma? fue la Constitución *Lumen Gentium*. Diez años después del Concilio el mismo Pablo VI, como cerrando el ciclo de la búsqueda renovada de la específica identidad eclesial, ofrece la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*<sup>3</sup>. La Iglesia reencontrada en su ser ha de realizarse en su misión: la evangelización.

Sin desnaturalizar cada una de las espiritualidades existentes, ¿no ha llegado el momento de reformularlas a la luz de *Lumen Gentium* y *Evangelii Nuntiandi*? ¿Hasta qué punto la “evangelización —ser evangelizado y evangelizar— no es, en el hoy del Pueblo de Dios, como la piedra de toque en virtud de la cual las diversas espiritualidades ponen de manifiesto su catolicidad o su marginalidad?

Dilucidar este interrogante significa preguntarse si existe una espiritualidad propia, específica, del Pueblo de Dios. Más que una espiritualidad, si existe una mística común que dé forma, organicidad y catolicidad a la diversidad de espiritualidades.

Esta búsqueda es previa a la dilucidación de cuál es la espiritualidad que surge del *Documento de Puebla*. Inspirado éste en la *Evangelii Nuntiandi* y deseando implementarla en modo análogo, como diez años antes el Documento de Medellín buscó implementar el Concilio Vaticano II, se requiere ahondar en la *Evangelii Nuntiandi* para descubrir si el Espíritu impulsa hacia “una mística de la evangelización”, título que —a modo de interrogante— llevan estas páginas.

Dividiremos el artículo en tres partes. En la primera intentaremos precisar el sentido y alcance de ambos términos: mística y evangelización. En la segunda y tercera nos ocuparemos de su contenido y dinamismo. La conclusión dará cuenta de los límites del camino recorrido.

## I. APROXIMACION A LOS CONCEPTOS

La equívocidad que a lo largo de la historia encierran los conceptos de “mística” y “evangelización” exige indicar —al menos breve-

<sup>2</sup> ES 3.

<sup>3</sup> EN 2.

mente— en qué sentido son considerados. No se trata de elaborar una definición precisa, cuanto de intentar expresar el sentido y contenidos que se otorgará a ambos conceptos en estas páginas.

### a) *Mística*

El concepto tiene una antigua historia. Los santos padres de Alejandría<sup>4</sup> iniciaron su uso cristiano refiriéndolo a la lectura y comprensión de la Escritura a la luz del misterio de Cristo. También incluyó la celebración litúrgica —especialmente eucarística— del misterio.

En su tratado *De los nombres divinos*<sup>5</sup> el pseudo Dionisio amplía el uso del concepto para designar con él la experiencia espiritual que surge de la lectura de la Escritura y la participación en la asamblea litúrgica.

El pseudo Dionisio recoge la tradición de Orígenes y de San Gregorio de Nisa, quienes sólo otorgan la adjetivación de mística a la experiencia que surge del contacto inmediato con ambas mediaciones. Lo original del pseudo Dionisio es incluir la dimensión de experiencia pero conservando los acentos tradicionales.

La evolución posterior fue en la línea de tornar sustantivo lo que hasta entonces sólo había sido adjetivo. En la época moderna el término designa preferentemente la experiencia con una fuerte coloración psicológica y subjetiva<sup>6</sup>.

En este sentido la mística es definida como:

*una experiencia inmediata de Dios y de las cosas divinas por vía de conocimiento y amor, debida a especial influjo del Espíritu Santo*<sup>7</sup>.

Tal es el actual sentido “primario” que tiene el concepto.

Sin embargo, en el vocabulario actual posee también un sentido que podemos denominar “alternativo”. Paul de Surgy lo describe de la siguiente forma:

<sup>4</sup> Cfr. L. Bouyer, “*Mystique*”. *Essai sur l'histoire d'un mot*. “La Vie Spirituelle” - Supplément (Paris), III (1949), 3-23.

<sup>5</sup> PG III, 997-1.064.

<sup>6</sup> Cfr. Ch. Bernard, *Le projet spirituel*, P.U.G., Roma, 1970, 51.

<sup>7</sup> F. Ruiz Salvador, *Caminos del Espíritu. Compendio de Teología Espiritual*, Edit. de Espiritualidad, Madrid, 1978<sup>2</sup>, 517.

*Decimos que un hombre profesa “una mística” cuando consagra su vida a un ideal que le sostiene y le hace actuar de forma determinada en todas sus empresas. Hablamos, v.gr. de la mística nazi, ideología fundada en el principio del dominio de un grupo racial que, además, enseña a sus adeptos cómo deben alcanzar su objetivo; de la mística marxista, visión materialista del mundo y de su evolución, que exige sacrificios reales, aunque erróneos; de la mística cristiana, finalmente, visión del mundo y de su destino, inspirada por la fe y llevada a la práctica. Escudriñando atentamente, pueden descubrirse día a día los efectos de esta mística cristiana: hombres capaces de dar su sangre por Cristo; misioneros y religiosas que lo abandonan todo para anunciar el Evangelio; sacerdotes que renuncian a un porvenir humano y a su familia propia para consagrarse al servicio de Dios y del prójimo; militantes cristianos que rechazan quizás el progreso material, al que tienen derecho, para continuar estando más cerca de sus hermanos; laicos que dan testimonio de Cristo en sus familias y en la sociedad. . .*

*Desde este punto de vista, la mística podría definirse como una visión del mundo y de la historia que impulsa al hombre a obrar, orientando su acción*<sup>8</sup>.

Al sentido que denominamos “primario”, de Surgy lo llama “la mística” de un modo claramente sustantivado, mientras que al sentido “alternativo” lo designa mediante la expresión “una mística”<sup>9</sup>.

En la definición propuesta por de Surgy para ésta, describe con acierto el carácter de cosmovisión en virtud de la cual se actúa. Antes de llegar a la definición, de Surgy en la descripción previa, brinda una serie de elementos que cabe destacar. Así, la expresión “una mística” incluye, no sólo la cosmovisión subyacente —derivada de la experiencia de fe y amor a Jesucristo— sino también todo lo que se puede describir como: dinamismo interior, aliento, fuego, entusiasmo, interés, alegría, fervor, impulso apasionado. Aspectos todos de carácter exis-

<sup>8</sup> P. de Surgy, *Las grandes etapas del misterio de salvación. Una visión de conjunto de la Biblia*, Nova Terra (Barcelona, 1973<sup>9</sup>), 11-12.

<sup>9</sup> P. de Surgy, *op. cit.*, 11. Otros autores también utilizan este sentido de “mística”, que hemos designado como “alternativo”. Así, por ejemplo: Dornier, Pierre, *La mística del apóstol*; J. Delorme (Dir.) y col., *El ministerio y los ministerios según el Nuevo Testamento*, Cristiandad (Madrid, 1975), 98-100; S. Galilea, *Mística misionera*; “Boletín CLAR” (Bogotá), 8-9 (1979), 16-18.

tencial y emotivo que parecen estar sintetizados en la expresión “ímpetu interior”<sup>10</sup> utilizada por Pablo VI.

Conforme a todo ello, al decir “una mística” se quiere expresar no sólo la experiencia de fe, la cosmovisión y el conjunto de motivaciones interiores, sino también el tono afectivo, el impulso, dinamismo y vitalidad con los cuales se vive, piensa, trabaja y ama. En cierto sentido, con la expresión “una mística” se refleja el lenguaje total de la persona.

Se ha objetado que el concepto mística sea utilizado con un contenido diverso a su sentido primario<sup>11</sup>. Sería preferible evitar la equívocidad. Incluso al sentido alternativo podría llamárselo espiritualidad. Pero tal sustantivo sería pobre: referirse a una espiritualidad común a las diversas espiritualidades, es menos significativo que intentar expresar una mística común a todo el Pueblo de Dios y que dé forma específica a cada una de las espiritualidades. De eso se trata,

### b) Evangelización

No hace mucho más de cuarenta años que la teología kerigmática comenzó a utilizar el término “evangelización”. Con él designaba una de las etapas del camino de fe: kerigma, evangelización y catequesis. El contenido era muy específico, quizás tanto que las etapas elaboradas trabajosamente en los laboratorios teológicos, difícilmente podían realizarse en la práctica pastoral. No era utilizado en una perspectiva más englobante. Para ésta estaban las categorías de apostolado, misión y, más tardíamente, de pastoral o pastoral de conjunto.

En los años cercanos al Concilio Vaticano II el sustantivo “evangelización” comienza a ser usado como alternativa pastoral a la sacramentalización. Se constituye una antinomia. Evangelización enfatiza la importancia de la Palabra en un contexto en el que la praxis sacramental manifiesta signos de estar polarizada por el *ex opere operatum*. Las teologías de la Reforma fueron estimulantes de la constitución de un planteo alternativo: por una parte la justa reivindicación del

<sup>10</sup> EN 80: *Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo... con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir.*

<sup>11</sup> Así, por ejemplo, entre otros, F. Ruiz Salvador, *op. cit.*, 515-516.

papel esencial de la proclamación de la Palabra y, por otra, el menosprecio barthiano de la dimensión simbólica, cultural y religiosa, expresado detrás de la antinomia fe - religión.

En tal contexto tiende a identificarse la fe con la posesión de una conciencia y explicitación intelectual de esa misma fe. Postura pastoral ampliamente difundida por las corrientes inspiradas en el P. Liegé o.p. Postura, que, por lo demás, tenderá a una formación de élites con conciencia ilustrada, tornando marginales los modos de expresión —no racionales— de la fe: promesas, peregrinaciones, sacramentales, procesiones, etc.

No obstante las dificultades, tal reacción fue necesaria para fecundar y hacer posibles las síntesis del Concilio Vaticano II. La conexión esencial que Trento establecía entre palabra y signo sagrado, corría el riesgo de ser olvidada por una especie de mecanismo sacramental, de carácter jurídico-casuístico, que tendía a independizarse de la naturaleza de la liturgia como celebración, fiesta y acto de Cristo en el seno de la comunidad.

En virtud del Concilio la situación fue cambiando. La Palabra recobra su importancia vital en la estructura misma de toda celebración litúrgica. La utilización de las lenguas de cada pueblo la hace comprensible. Si bien queda mucho por realizar en orden a una real aculturación, los primeros pasos para la resolución de la antinomia evangelización - sacramentalización se están dando.

Tanto los esfuerzos de la teología kerigmática, cuanto la antinomia formulada en términos de evangelización - sacramentalización, no surgen porque sí. Son intentos de responder a una sociedad de postguerra que busca reconstruirse a la sombra del existencialismo, primero, y luego a la del secularismo.

La cristiandad se ha desintegrado por completo. Los intentos de revitalizarla mediante la creación de instituciones paralelas ha fracasado. ¿Entonces qué? La diáspora, el país de misión, el pequeño resto. La pastoral individual, el testimonio silencioso, el compromiso, el cristianismo anónimo. En una palabra la pastoral del "cada uno"<sup>12</sup>.

Surgen las crisis de identidad, la sensación de batalla perdida, de impotencia, de fracaso. El avance del secularismo se lo percibe con

<sup>12</sup> Para la caracterización de la pastoral del "cada uno" y la del "todos", nos servimos del excelente trabajo de: C. Giaquinta, "*Cultura Latinoamericana y Evangelización. Apuntes, reflexiones y disgresiones en torno a Puebla*", "Criterio" (Buenos Aires), LII (1980), 239-252.

un sentido fatalista<sup>13</sup>, inexorable. La fe católica divorciada de la religión se debilita y, a veces, muere. ¿Dónde parece más fuerte la fe? En el pueblo sencillo, en la religiosidad popular. En Latinoamérica primero, y luego en otras latitudes, comienza a percibirse que los pobres conservan la fe. Es más, muchas veces gracias a ella siguen viviendo la fidelidad a la cruz hecha miseria, enfermedad, injusticia, opresión. No se trata de hacer una apología de la religiosidad popular. Como toda realidad humana presenta sus claroscuros, sus ambigüedades<sup>14</sup>, pero frente a una pastoral tendiente a exclusivizar el “cada uno”, ella pone en evidencia que se requiere, también y simultáneamente, una pastoral para “todos”. Surge la urgencia de la *síntesis nueva y genial*<sup>15</sup> anhelada por Pablo VI.

Estamos en los umbrales del Sínodo de 1974. Los conceptos de “misión” y “apostolado” se redescubren dentro del contexto de la “evangelización”, entendida ésta como proceso integrativo y global<sup>16</sup>.

Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*:

... el documento pastoral más acabado de toda la historia de la Iglesia<sup>17</sup>

<sup>13</sup> G. Rodríguez-Melgarejo, *Reflexiones acerca de la Pastoral Popular desde el interior de un Santuario*, “Teología” (Buenos Aires), X (1972-1973), 124.

<sup>14</sup> Cfr. J. Alliende Luque, *Religiosidad Popular en Puebla. Madurez de una reflexión*, “Medellín” V (1979), 92-114.

<sup>15</sup> Pablo VI, *América Latina, ésta es tu hora. Homilía durante la Misa en la Basílica Vaticana (3-VII-1966), para la ordenación de 70 diáconos de diversas partes del mundo que ejercerán su ministerio en países de América Latina*: L'Osservatore Romano (edición argentina), XVI (1966), 714, 1: *América Latina, ésta es tu hora. Fiel heredera del patrimonio de fe y de civilización que la antigua —pero no vieja— Europa te entregó el día de tu independencia, y que la Iglesia, madre y maestra, protegió con amor a veces superior a sus fuerzas realizadoras, ahora un nuevo día ilumina tu historia: el de la vida moderna, con todos sus portentosos e impetuosos problemas. Una vida que no es paganamente profana y que no ignora los destinos espirituales y trascendentales del hombre, sino que tiene conciencia de tu vocación original para aunar en una síntesis nueva y genial lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros te entregaron y tu propia originalidad. Una vida que no es ni incierta, ni débil, ni lenta, sino justa, fuerte, libre y católica. Tu continente es inmenso; el mundo entero espera tu testimonio de energía, de sabiduría, de renovación social, de concordia y de paz; un testimonio muy nuevo de civilización cristiana.*

<sup>16</sup> Puede apreciarse la evolución del concepto de evangelización en la excelente obra de G. Caprile, *Il Sinodo dei vescovi 1974*, “La Civiltà Cattolica”, Roma, 1975.

<sup>17</sup> C. Giaquinta, *op. cit.*, 246.



afirma que:

... ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla. Resulta imposible comprenderla si no se trata de abarcar de golpe todos sus elementos esenciales<sup>18</sup>.

La *Evangelii Nuntiandi* es la maduración de un Concilio que ha deseado ser, por sobre todas las cosas, un Concilio Pastoral. Se supera, en complementaria integración, tanto la pastoral del “todos”, cuanto la pastoral del “cada uno”. Quedan atrás las formulaciones antitéticas. La evangelización será una tarea máximamente “personalizante” y, a la vez, amplia, magnánima, realmente católica y universal.

Incluso se acierta en dar nombre a la civilización nueva que habrá de surgir. Ya quedan atrás los planteos de vieja o de nueva cristianidad. La síntesis nueva y genial será llamada *Civilización del Amor*<sup>19</sup> Para ello la evangelización ha de llegar al núcleo más íntimo de cada persona y de cada pueblo y cultura. La persona a medida que crece en evangelización se sentirá llamada a insertarse, de un modo nuevo y solidario, no sólo en su comunidad cristiana sino en toda la comunidad humana. Quedan atrás las fórmulas que propugnaban una “fuga mundi”; también las que llevaban a los cristianos a impulsar la crea-

<sup>18</sup> EN 17.

<sup>19</sup> Pablo VI, *Nuestra reconciliación con Cristo y con los hermanos en la nueva “Civilización del amor”*. Homilía en la Misa de Nochebuena (24/25-XII-1975): Pablo VI, *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1976, vol. 8 (1975), 482; —, *La consigna del momento actual de la Iglesia: la Evangelización* (7-I-1976): Pablo VI, *op. cit.*, vol. 9 (1976), 3, Città del Vaticano, 1977; —, *El Reino del Señor* (14-I-1976), *ibid.*, 6-7; —, *Los auténticos y plenos valores de la vida* (21-I-1976), *ibid.*, 9-11; —, *Verdad y caridad* (18-II-1976), *ibid.*, 20-21; —, *Esperanza* (25-II-1976), *ibid.*, 22-23; —, *Fortaleza* (3-III-1976), *ibid.*, 25; —, *Rezar* (17-III-1976), *ibid.*, 28-29; —, *Formar la conciencia cristiana* (15-IX-1976), *ibid.*, 107; —, *Orientaciones para la vida católica* (20-X-1976), *ibid.*, 122; —, *Si quieres la paz, defiende la vida. Mensaje para la “Jornada de la Paz” que se celebrará el 1 de enero de 1977* (8-XII-1976), *ibid.*, 387; —, *María y la Paz. Homilía en la XI Jornada Mundial de la Paz* (1-I-1978): Pablo VI, *op. cit.*, vol. 10 (1978), Città del Vaticano, 1978, 84; —, *Lucha contra la lepra y contra todas las lepras que se extienden por la sociedad contemporánea. Homilía durante la Misa para la XXV Jornada Mundial de los leprosos* (29-I-1978), *ibid.*, 105-106; —, *Llamada del Papa a los Jóvenes para transformar el mundo y construir la “Civilización del Amor”* (25-II-1978), *ibid.*, 131; —, *Nueva llamada del Papa a los Jóvenes para construir la “Civilización del Amor”*. Discurso a los muchachos de la Acción Católica Italiana (20-V-1978), *ibid.*, 203.

ción de mundos y ambientes “paralelos”. Se trata ahora de asumir el desafío y los riesgos de una auténtica encarnación del Evangelio en cada hombre, pueblo, cultura y mundo. Encarnación al modo de la levadura en la masa, con todas las exigencias necesarias para mantener la identidad leudante.

Una evangelización que ha de tocar a todo el hombre: todas las dimensiones de su ser y de su actuar han de llegar a ser evangelizadas. Nada queda fuera: ni su psicología, ni la economía, las relaciones interpersonales, la justicia, la política, etc.; a todo el hombre en un proceso dialogal mediante el cual quien evangeliza es, al mismo tiempo, permeable a ser él mismo evangelizado. Un proceso continuo que no parece tener un término diverso del escatológico.

Así, con la expresión “una mística de la evangelización” se apunta a expresar esta perspectiva unificadora y englobante. En la segunda parte intentaremos adentrarnos en los contenidos o dimensiones, que configuran la cosmovisión subyacente. La tercera se ocupará de poner en relieve los elementos que le confieren dinamismo y vitalidad.

## II. LA COSMOVISION QUE SUBYACE A LA EVANGELIZACION

Plantear tal interrogante significa preguntarse por los contenidos de la evangelización. No se trata de contenidos teóricos y abstractos, sino más bien de las diversas dimensiones que surgen de la experiencia de fe, esperanza y amor, que el cristiano, el Pueblo de Dios, vive en relación con Cristo. No es la evangelización una transmisión de teorías sino la comunicación de vida. Y la vida posee múltiples facetas. De allí que nos veamos necesitados de expresar diversos contenidos; no en el sentido que se yuxtapongan o contradigan, cuanto en el horizonte de que una misma vida puede ser expresada desde ángulos diferentes.

### a) Dimensión Trinitaria

Dios es Amor<sup>20</sup>. Esta afirmación de Juan está a la base de toda experiencia cristiana. Vivir será:

<sup>20</sup> I Jn 4, 8.

*... testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo; que en su Verbo Encarnado ha dado a todas las cosas el ser, y ha llamado a los hombres a la vida eterna*<sup>21</sup>.

De allí que Pablo VI al encarar el tema del contenido de la evangelización, ofrezca una primera definición de neto corte trinitario:

*... evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo...*

*... este testimonio resulta plenamente evangelizador cuando pone de manifiesto que para el hombre el creador no es un poder anónimo y lejano: es Padre. "Nosotros somos llamados hijos de Dios y en verdad lo somos" (I Jn 3, 1; cfr. Rom 8, 14-17) y, por tanto, somos hermanos los unos de los otros, en Dios*<sup>22</sup>.

El hombre no es fruto del azar. Creaturas de un Dios que es Amor, fuimos hechos hijos del Padre, en Cristo, por el Espíritu Santo. Anunciar la dimensión trinitaria, es, al mismo tiempo, testimoniar la dignidad de la persona humana y la igualdad y fraternidad que brotan de una única filiación divina.

Todo lo que haga a una mayor personalización del hombre y a su crecimiento para acoger y brindar amor, estará íntimamente ligado a la posibilidad de captar y transmitir el misterio de comunión en el amor, que constituye el núcleo mismo del Dios trino, revelado por Jesucristo.

### *b) Dimensión Cristológica*

Evangelizar es anunciar la Buena Noticia de la Salvación<sup>23</sup>. ¿De qué salvación? Pablo VI la especifica:

*No una salvación puramente inmanente, a medida que las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una evangelización que desborda todos estos límites para realizar-*

<sup>21</sup> EN 26.

<sup>22</sup> EN 26.

<sup>23</sup> Cfr. EN 9.

*se en una comunión con el único Absoluto, Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad*<sup>24</sup>.

La culminación de la salvación es descripta en términos de “comunión con Dios”. Términos que hacen explícita referencia a una relación interpersonal de amor y, a la vez, definen la santidad a la que está llamado e invitado todo cristiano<sup>25</sup>.

¿Cómo puede acceder el hombre a una relación interpersonal de comunión con Dios? Sólo a través de Jesucristo. De allí que:

*La evangelización también debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios*<sup>26</sup>.

La dimensión cristológica no se agota en la proclamación de Jesucristo, sino que su misma Persona es signo, instrumento y modelo de evangelización. En Jesús la evangelización es el sentido de su vida. Todos sus gestos y palabras se armonizan en su ser con el núcleo más profundo de su misión:

*Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuestas por Dios, tal es la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su Misterio —la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos— forman parte de su actividad evangelizadora*<sup>27</sup>.

Anunciar a Jesucristo como Salvador y encontrar en El el modelo y la realización más plena de la evangelización, lleva a redescubrir el sentido profundo de la Encarnación. Dios no revela, en Jesucristo, ni un plan de salvación espiritualista, ni uno materialista. El plan de salvación es encarnacionista. San Ireneo afirmará:

<sup>24</sup> EN 27.

<sup>25</sup> Cfr. el tema de la “vocación universal a la santidad”. LG 39-42.

<sup>26</sup> EN 27.

<sup>27</sup> EN 6.

... *lo que no es asumido no es redimido*<sup>28</sup>.

Este principio, a veces olvidado, atraviesa toda la existencia de Cristo. La salvación ofrecida —y la santidad misma en cuanto plenitud de la salvación— no implica la más pequeña mutilación de la naturaleza humana, sino por el contrario, su plenitud y acabamiento en el plano personal y comunitario.

Una mística de la evangelización centrada en el misterio de Cristo, habrá de ser coherente, en todas sus manifestaciones, con el principio de la Encarnación. Los viejos adagios tomistas de que

*la gracia supone la naturaleza y la perfecciona*<sup>29</sup>

no son más que una concreción de tal principio.

### *c) Dimensión escatológica*

Es inherente a la evangelización el dinamismo. La evangelización es anuncio y proceso. Aquí y ahora Cristo ofrece su salvación y, de hecho comienza ya, en el preciso instante en que cada hombre acepta, acoge y libremente responde al mensaje y ofrecimiento salvífico. Hablar de un comienzo, implica el supuesto de un crecimiento y una culminación. Destacaremos ahora este último aspecto, ya que:

*... la evangelización no puede dejar de incluir el anuncio profético de un más allá, vocación profunda y definitiva del hombre, en continuidad y discontinuidad a la vez con la situación presente: más allá del tiempo y de la historia, más allá de la realidad de este mundo, cuya imagen pasa, y de las cosas de este mundo, cuya dimensión oculta se manifestará un día; más allá del hombre mismo, cuyo verdadero destino no se agota en su dimensión temporal, sino que nos será revelado en la vida futura*<sup>30</sup>.

Anunciar proféticamente un más allá en el que será revelado el verdadero destino del hombre, equivale a ubicar su plena realización fuera del ámbito del tiempo y de la historia. Si bien es cierto que tal culminación no puede ser exigida por la naturaleza misma del hombre, sino que es efecto último de la gratuita autocomunicación de Dios, existe cierta coherencia profunda entre la existencia humana en su

<sup>28</sup> Citado en DP 400.

<sup>29</sup> Cfr. S. Th., I-II, 109-114.

<sup>30</sup> EN 28.

dimensión histórica y su plenitud escatológica. El texto citado formula esta realidad en términos de “continuidad” y “discontinuidad”. Expresiones adecuadas para enunciar un proceso en el cual es tan cierta y real la dimensión del “ya” como la del “todavía no”, a las que se refiere Pablo.

Esta dimensión escatológica llevará a concebir la existencia cristiana en términos de peregrinación<sup>31</sup>. Peregrinación que exige ir reconociendo y viviendo intensamente cada uno de los suelos y paisajes del camino y, a la vez, no considerar a ninguno de ellos como el término definitivo.

Toda realidad creatural participa de esta provisoriedad. Los consejos de pobreza, castidad y obediencia, que, conforme al espíritu de las Bienaventuranzas, son signo y anticipo de la realidad escatológica, no escapan a esta ley de provisoriedad. La provisoriedad del signo en relación a la realidad de lo significado; la provisoriedad del anticipo en relación a la plenitud de lo anticipado. Provisoriedad y relatividad no significan falta de valor y de autenticidad. Son realidades plenamente válidas y auténticas a condición que no sean objeto de idolatría, esto es, asumidas como absoluto. Y lo mismo cabe decir de todas las realidades creaturales que integran la existencia del cristiano peregrino.

#### *d) Dimensión moral*

Si bien el principio de la salvación, desde la perspectiva del hombre, es la aceptación por la fe, ésta no es plena y completa si no va acompañada de todo el dinamismo armónico de la vida teologal. De allí que explícitamente se afirme:

*La evangelización comprende además la predicación de la esperanza en las promesas hechas por Dios mediante la nueva alianza en Jesucristo; la predicación del amor de Dios para con nosotros y de nuestro amor hacia Dios; la predicación del amor fraterno para con todos los hombres —capacidad de donación y de perdón, de renuncia, de ayuda al hermano— que, por descender del amor de Dios, es el núcleo del Evangelio; predicación del misterio del mal y de la búsqueda activa del bien<sup>32</sup>.*

<sup>31</sup> Cfr. C. Spicq, *Vida cristiana y peregrinación según el Nuevo Testamento*, BAC, Madrid, 1977.

<sup>32</sup> EN 28.

La fe específicamente cristiana es una fe operante en el amor que expresa una arraigada perspectiva de esperanza. Son estas tres virtudes teologales las que posibilitan tanto la relación interpersonal con Dios, cuanto una relación cualitativamente distinta con los hermanos. En esta perspectiva se comprende el hecho específicamente cristiano del amor al enemigo<sup>33</sup>.

La dimensión moral de la evangelización nos pone de lleno en una perspectiva de mutua colaboración entre la acción del Amor de Dios y la respuesta de la creatura. Si bien ésta ha de estar activamente vigilante respecto de sus actitudes morales que apartan del mal e impulsan a la búsqueda activa del bien, la iniciativa en el crecimiento de todo el dinamismo teologal es propia de la gratuidad del Amor salvífico de Dios.

Aquí reside la diferencia cualitativa entre las actitudes éticas inspiradas en el Evangelio y los esfuerzos meramente autónomos de carácter estoico o voluntarista. Asimismo, es en esta perspectiva del organismo de la vida teologal, en donde hallan armonía e integración las vivencias propias de la ascética y la mística cristianas.

### *e) Dimensión religiosa-ecclesial-sacramental*

En íntima conexión con las dimensiones precedentemente señaladas, se encuentra ésta. La religión entendida no sólo como uno de los aspectos de la justicia, sino asumida desde el organismo de las virtudes específicamente teologales. Si existe la posibilidad de establecer una antinomia entre fe y religión natural, esta posibilidad queda anulada cuando la virtud de religión es vivida en un contexto de fe, esperanza y comunión en el amor.

La dinámica de la encarnación plantea todo el problema de la existencia y aceptación consciente de la necesidad de las mediaciones. Es el ámbito de la analogía y de los signos. De allí que Pablo VI afirmase que la evangelización comprende tanto la predicación como

<sup>33</sup> Los evangelios atribuyen directamente a Jesús el mandamiento de amar a los enemigos (Mt 5, 43-48; Lc 10, 29-37). Jesús exhorta a sus discípulos para que bendigan a los que los maldicen y a rogar por los que los maltratan (Lc 6, 28; cfr. también Rom 12, 14; I Cor 4, 12-13). No se espera del discípulo del Señor que acepte pasivamente los insultos, sino que responda activamente con el amor a toda acción hostil.

*... la búsqueda del mismo Dios a través de la oración, sobre todo de adoración y de acción de gracias, y también a través de la comunión con ese signo visible del encuentro con Dios que es la Iglesia de Jesucristo; comunión que a su vez se expresa mediante la participación en esos otros signos de Cristo, viviente y operante en la Iglesia, que son los sacramentos. Vivir de tal suerte los sacramentos hasta conseguir en su celebración una verdadera plenitud, no es, como algunos pretenden, poner un obstáculo o aceptar una desviación de la evangelización: es darle toda su integridad. Porque la totalidad de la evangelización, aparte la predicación del mensaje, consiste en implantar la Iglesia, la cual no existe sin este respiro de la vida sacramental culminante en la Eucaristía<sup>34</sup>.*

El crecimiento de la salvación en nosotros, o —lo que es en este sentido idéntico— la progresiva maduración en la santidad, se verifica a través de la apropiación de mediaciones salvíficas. Mediaciones que posibilitan, a la vez, la comunión y la participación. Mediaciones que alimentan, oxigenan, despiertan, y también concretan, el crecimiento del organismo teologal.

Así, tanto la oración, como el Sacramento de la Iglesia y los sacramentos de la Iglesia, auténticamente vividos, llevan a una más plena y comprometida comunión con Dios y con los demás hermanos. Una infravaloración de esta dimensión que olvide el carácter históricamente necesario de la mediación, suele generar actitudes predominantemente subjetivas e individualistas. Por su parte una sobrevaloración, que desconozca el carácter relativo de la mediación, tiende a frenar la integración de las personas en una perspectiva de crecimiento teologal. En esta línea, no siempre se desenmascara la existencia de un secularismo práctico, engendrado por un ritualismo formal, que alimenta sus raíces en un trascendentalismo espiritualista. Sólo en apariencia es cristiano.

#### *f) Dimensión histórico-social*

El hecho de la evangelización afecta a toda la vida. Es de naturaleza totalizante. Del mismo modo como no puede reducirse a una dimensión exclusivamente temporal y colectiva, tampoco puede aislarse a un ámbito meramente individual y trascendente. Quizás sea ésta

<sup>34</sup> EN 28.



una de las dimensiones más álgidas y difíciles. El ámbito en el cual el Evangelio interpela la cultura, la política y hasta la más pequeña faceta de la dimensión social de la convivencia humana:

*La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre. Precisamente por esto la evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal (cfr. GS 47-52; HV) sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación<sup>35</sup>.*

Es en el horizonte histórico-temporal donde el Evangelio toma carne; se torna vida personal y social. Pero es también el ámbito de las autonomías relativas que originan un legítimo pluralismo. La fórmula *interpelación recíproca* es de naturaleza dialéctica: por una parte se requiere el respeto y por otra la permeabilidad. Respeto a la legítima autonomía de lo temporal y contingente. Permeabilidad en orden a que puedan ser plenificadas y potenciadas por el Evangelio. De allí que se utilicen fórmulas tales como “autonomía relativa” y “encarnación del Evangelio”.

Fórmulas que de suyo no agotan el problema. En efecto, la fe cristiana es siempre una instancia crítica a la luz de la cual cabe discernir las opciones concretas<sup>36</sup>. Pero se requiere siempre la opción, el compromiso, el esfuerzo de encarnación. El hecho de que resulten, en el concreto, encarnaciones plurales, no resta validez a los esfuerzos dado que:

*... una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diversos<sup>37</sup>.*

La vasta dificultad objetiva que ofrece esta dimensión de la evangelización, se acrecienta por los condicionamientos subjetivos<sup>38</sup>. Una

<sup>35</sup> EN 29.

<sup>36</sup> Este aspecto ha sido detenidamente desarrollado por Pablo VI: OA 32-37 y 48-50.

<sup>37</sup> OA 50.

<sup>38</sup> OA 50: *Ciertamente muchos, insertados en las estructuras y condicionamientos actuales, están determinados por sus propios hábitos mentales, sus pro-*

mística de la evangelización impulsa claramente a la acción —con la complejidad de opciones particulares y contingentes que implica —y, a la vez, exige una humilde conciencia crítica que impide identificar —teórica o prácticamente— “una opción” con “la opción”. Al modo como el Evangelio, llamado a encarnarse en cada una de las culturas, aún encarnándose a fondo y todo lo posible en cada una de ellas, no se agota ni se identifica absolutamente con ninguna, sino que las trasciende a todas<sup>39</sup>. Esta dialéctica de encarnación auténtica —no “a medias” ni “un poco”— y, a la vez, de trascendencia crítica, pareciera ser la difícil regla de oro.

Obviar la búsqueda de encarnación auténtica es, en el fondo, la manifestación de una incredulidad en la fuerza transformadora del Evangelio en este mundo, en esta historia; pretender desentenderse del dinamismo de un Reino que “ya” ha comenzado. Olvidar la trascendencia crítica lleva, por su parte, a sacralizar lo que por naturaleza es contingente y temporal; a vaciarlo de la tensión escatológica creyendo ilusoriamente que el “todavía no” del Reino, ya ha llegado.

### *g) Dimensión de liberación*

Esta dimensión ha resultado polémica, entre otras causas, por la equívocidad del concepto de liberación. En sentido corriente, por liberación se entiende la superación de todo condicionamiento, de toda esclavitud u opresión, y la adquisición de autonomía y real ejercicio de la libertad<sup>40</sup>. ¿Pero qué significa realmente libertad? Conforme cuál sea la perspectiva antropológica que se asuma, tal será la respuesta. No todas las antropologías son coherentes con la fe cristiana<sup>41</sup>.

*pias funciones, cuando no por el interés en resguardar, sus propios bienes materiales. Tales están tan ligados por una identificación con la propia clase y cultura, que llegan a compartir, sin reserva alguna, todo juicio y opción de su propio ambiente.*

<sup>39</sup> Cfr. L. Gera - G. Rodríguez Melgarejo, *Apuntes para una interpretación de la Iglesia Argentina*, Edit. MIEC - JECI, Montevideo, 1970, 65.

<sup>40</sup> En esta perspectiva se habla —en diversos niveles— de liberación de los pueblos; de liberación política, económica, cultural, social, etc. También de liberación psicológica; liberación de la mujer; liberación de los padres; liberación sexual, etc.

<sup>41</sup> Por ejemplo, ciertas antropologías dualistas de origen oriental, para las cuales la plenitud del hombre está en relación a la liberación del cuerpo, entendido éste como peso, carga o prisión. Asimismo, las antropologías marxistas y positivistas que en aspectos esenciales son incompatibles con el sentido cristiano del hombre.

Por otra parte, la salvación que Jesucristo realiza y es característica del Evangelio —Buena Noticia de Salvación—, ha sido designada de modo diverso en relación a la sensibilidad cultural de cada tiempo. Así, el concepto de redención reflejaba un contexto histórico en el que había cautivos que rescatar. Análogamente, hoy es posible designar la obra de la salvación con el término liberación. Sin embargo, tal sustantivo exige ser adjetivado para evitar la ambigüedad. Se hablará entonces de liberación integral, de liberación cristiana.

Es claro que la plenitud de la salvación se verifica en la santidad, dentro de la perspectiva evangélica. El santo es el absolutamente esclavo del Señor<sup>42</sup>, y paradójicamente quien vive la libertad más plena y personalizante. Una de las dimensiones de la evangelización es la de hacer a los hombres libres de toda dependencia, a partir de la llamada de Dios y de las exigencias del Reino<sup>43</sup>. Salvadas las diferencias de planos y clarificados los supuestos antropológicos, es necesario afirmar —como magistralmente lo hace Pablo VI— que:

*Entre evangelización y promoción humana —desarrollo, liberación— existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede dissociar el plan de creación del plan de la Redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad: en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? Nosotros mismos lo indicamos, al recordar que no es posible aceptar “que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad”* (Pablo VI, Discurso en la apertura de la Tercera Asamblea General del Sínodo de los Obispos: AAS, 66 (1974), 562<sup>44</sup>).

<sup>42</sup> Cfr. Lc 1, 38. María como prototipo de la santidad cristiana, manifiesta la disponibilidad más absoluta de la creatura respecto a Dios.

<sup>43</sup> Cfr. C. Floristán, *La evangelización, tarea del cristiano*, Cristiandad, Madrid, 1979.

<sup>44</sup> EN 31. Véase también EN 30-39.

De este modo se retoman y completan las perspectivas enunciadas en el Documento del Sínodo General de los Obispos de 1971, que afirma:

*La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo, aparecen claramente para nosotros, como dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio*<sup>45</sup>.

La predicación del Evangelio no se agota en ninguna tarea meramente temporal, pero tampoco puede sustraerse de ellas, por cuanto:

*... la misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente exige que nos empeñemos en la liberación integral del hombre ya desde ahora, en su existencia terrena*<sup>46</sup>.

Está en juego —según el Sínodo— nada menos que la *credibilidad*<sup>47</sup> del mismo Evangelio.

Al referirnos al alcance que intentábamos dar a la expresión “una mística”, indicábamos tanto el aspecto de cosmovisión subyacente, cuanto el de empuje, dinamismo e ímpetu interior. Al comienzo del presente capítulo decíamos que el Evangelio es una vida y, en cuanto tal, susceptible de ser expresada desde ángulos diferentes.

Hemos reseñado los contenidos o dimensiones principales de esta vida. Puede quedar la impresión de un rápido sucederse de diapositivas. Y es verdad. La diapositiva refleja la vida, pero no transmite algo que le es esencial: el movimiento. En el próximo capítulo intentaremos ocuparnos de él, en el deseo de hacer justicia a ese “ímpetu interior” que oportunamente destacamos.

### III. LA EVANGELIZACION DESDE SU DINAMISMO

Desde dos ángulos diversos y complementarios, a la vez, intentaremos enunciar este aspecto. En el primero, de carácter más bien fenomenológico, nos aproximaremos al hecho evangelizador en cuanto proceso. En el segundo, haremos lugar a varios aspectos que configuran el ímpetu evangelizador.

<sup>45</sup> JM, EV, IV, 1270.

<sup>46</sup> JM, EV, IV, 1270.

<sup>47</sup> *Ibid.*

### a) La evangelización como proceso

Una auténtica evangelización exige anunciar:

*... el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazareth Hijo de Dios*<sup>48</sup>.

Se trata siempre de una comunicación de persona a persona, *de hombre a hombre*<sup>49</sup>. Y la comunicación interpersonal, si bien se realiza de un modo primario y principal, a través de la palabra, no se agota ni se exclusiviza en ella:

*Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva*<sup>50</sup>.

En el ejemplo presentado se da una comunicación. La actitud global de la persona se constituye en lenguaje, en testimonio, al que —en su momento— la palabra hablada le otorgará plenitud.

Es una comunicación vital. Una comunicación que, vaciando al término de toda connotación peyorativa, tiene mucho de contagio. Implica un proceso gradual, progresivo, complejo. De allí que se pueda hablar de una génesis, un desarrollo, una maduración, una plenitud<sup>51</sup>.

<sup>48</sup> EN 22.

<sup>49</sup> Pablo VI, *Alocución en el día de la Epifanía (6-I-1975): L'Osservatore Romano*" (Edición Semanal en Lengua Española), VII (1975), 2. 1.

<sup>50</sup> EN 21.

<sup>51</sup> L. Gera - G. T. Farrell y col., *Comentario a la Evangelii Nuntiandi*, Patria Grande, Buenos Aires, 1978, 59.

Proceso de comunicación en el cual intervienen un agente y un destinatario, que a través de medios y formas concretas de expresión, transmite y/o recibe un contenido y una finalidad. A estos dos últimos aspectos hemos hecho referencia precedentemente. Nos detendremos ahora en el agente, el destinatario, y los medios o formas de comunicación.

### 1. EL AGENTE

Ha de ser considerado en tres niveles: el Espíritu Santo, la Iglesia y cada Cristiano.

*Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación*<sup>52</sup>.

Jesucristo, *primer evangelizador*<sup>53</sup>, continúa su presencia y acción salvadora por el Espíritu Santo que es el *alma*<sup>54</sup> de la Iglesia.

*La presencia del Espíritu en la comunidad de la Iglesia, se torna presencia dinámica que mueve a los fieles a comunicar, a evangelizar, para que otros, acogiendo la palabra de fe, puedan también recibir el mismo Espíritu y unirse en un mismo Pueblo*<sup>55</sup>.

En tal perspectiva, el Espíritu Santo es a la vez el agente principal de la evangelización, y la raíz y origen de todo el dinamismo evangelizador de la Iglesia.

Gracias al Espíritu que habita en la Iglesia desde Pentecostés, ésta es el agente que realiza la evangelización en la historia<sup>56</sup>. De allí, esto es, de la pertenencia y comunión en la Iglesia, se deriva el rol de cada cristiano como agente de evangelización. Pablo VI lo ha formulado del siguiente modo:

<sup>52</sup> EN 75.

<sup>53</sup> EN 7.

<sup>54</sup> EN 54.

<sup>55</sup> *Op. cit.*, en nota 51, 173.

<sup>56</sup> Cfr. EN 59; DH 13; LG 5; AG 1 y AG 35.

*La constatación de que la Iglesia es enviada y tiene el mandato de evangelizar a todo el mundo, debería despertar en nosotros una doble convicción.*

*Primera: Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial. Cuando el más humilde predicador, catequista, o pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aún cuando se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre.*

*De ahí la segunda convicción: si cada cual evangeliza en nombre de la Iglesia, que a su vez lo hace en virtud de un mandato del Señor, ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores.*

*La Iglesia es toda ella evangelizadora, como hemos subrayado. Esto significa que para el conjunto del mundo y para cada parte del mismo donde ella se encuentra, la Iglesia se siente responsable de la tarea de difundir el Evangelio<sup>57</sup>.*

Cada cristiano, cada orden, movimiento o familia religiosa, cada institución particular de la Iglesia, sólo puede ser con verdad agente evangelizador, en la medida que lo haga en comunión con la Iglesia y sus Pastores. Se requiere un claro juicio crítico y un sereno discernimiento para no confundir los intereses del propio yo —o del nosotros— con la inspiración del Espíritu. Como veremos más adelante, en tal comunión se concreta de un modo privilegiado esa espiritualidad común, esa mística de la evangelización que precede a toda vocación, inspiración o carisma más particular.

## 2. EL DESTINATARIO:

Lucio Gera destaca cómo la *Evangelii Nuntiandi* entiende

<sup>57</sup> EN 60.

*. . . por evangelización no solamente la acción del agente que evangeliza, sino también la acogida positiva, la adhesión que el destinatario presta al anuncio evangélico*<sup>58</sup>.

Porque no es dar una mera información teórica, sino que se trata de contagiar, de comunicar una vida, la evangelización comprende:

*. . . desde la acción inicial del agente, que busca suscitar la fe, hasta el efecto de fe efectivamente obtenido en el destinatario*<sup>59</sup>.

En tal perspectiva cabe preguntarse: ¿quiénes son los destinatarios? La primera y fundamental respuesta es: todos y cada uno de los hombres. La Iglesia ha sido instituida para anunciar el Evangelio

*¡A todo el mundo! ¡A toda criatura! ¡Hasta los confines de la tierra! Lo ha hecho nuevamente en el Sínodo, como una llamada a no encadenar el anuncio evangélico limitándolo a un sector de la humanidad o a una clase de hombres o a un solo tipo de cultura*<sup>60</sup>.

Este no estar limitada a un grupo, raza o sector social, constituye una de las notas de la Iglesia: su catolicidad. El Evangelio de Jesucristo es para todos y no sólo para algunos. El proyecto de Dios:

*. . . consiste en congregarnos a todos los hombres, de distinta raza, sexo, nación o condición, en un solo Pueblo, su Pueblo, que es la Iglesia*<sup>61</sup>.

Esta conciencia debe impedir que se actúe como secta o ghetto, como grupo —pequeño o grande— cerrado; reservado solamente a elegidos o iniciados. Es una Iglesia santa que no se avergüenza de estar constituida por pecadores, aún cuando a todos los llama tenazmente a la santidad.

Al afirmar la universalidad, la evangelización no tiene como destinatario sólo a individuos aislados en sus situaciones concretas, sino también a los pueblos y a las culturas, esto es, a las personas en cuanto relacionadas y creadoras.

<sup>58</sup> *Op. cit.*, en nota 51, 125.

<sup>59</sup> *Ibid.*

<sup>60</sup> EN 51.

<sup>61</sup> *Op. cit.*, en nota 51, 125.



Incluso quienes ya pertenecen a la Iglesia son también destinatarios, a la vez que agentes. Como se trata de un proceso, se requiere que la evangelización tienda continuamente a:

*... profundizar, consolidar, alimentar, hacer cada vez más madura la fe de aquellos que se llaman ya fieles o creyentes, a fin de que lo sean cada vez más.*

*Esta fe está casi siempre enfrentada al secularismo, es decir, a un ateísmo militante; es una fe expuesta a pruebas y amenazas, más aún una fe asediada y combatida. Corre el riesgo de morir por asfixia o por inanición si no se la alimenta y sostiene cada día. Por tanto, evangelizar debe ser, con frecuencia, comunicar a la fe de los fieles —particularmente mediante una catequesis llena de savia evangélica y con un lenguaje adaptado a los tiempos y a las personas— este alimento y este apoyo necesarios<sup>62</sup>.*

Como comunicación que es, la evangelización supone un *contacto personal indispensable*<sup>63</sup> entre agente y destinatario. Es imprescindible acercarse a éste, conocerlo, comprenderlo, amarlo. No sólo en la acción pastoral que llamamos directa, se requiere un tal esfuerzo; la oración de intercesión de las comunidades puramente contemplativas, adquiere nuevos horizontes cuando la misma es iluminada por un conocimiento e información adecuada de las necesidades reales, de las personas, de las situaciones que concretamente enfrenta la predicación del Evangelio<sup>64</sup>.

### 3. LOS MEDIOS O FORMAS DE COMUNICACION

La Buena Noticia de la Salvación nos llega siempre como una comunicación que usa medios y formas humanas. Nos llega por las vías normales y ordinarias a través de las cuales los hombres solemos enterarnos de las cosas: a través de las comunicaciones con otras personas; mediante diversas formas de expresión.

<sup>62</sup> EN 54.

<sup>63</sup> EN 46.

<sup>64</sup> Cfr. E. F. Pironio, Card., *Comunione nella diversità delle membra del Popolo di Dio*: CISM - USMI, *Presenza e missione dei religiosi e delle religiose nella Chiesa di Roma*, Rogate, Roma, 1980, 237; B. Olivera, *Contemplación en el hoy de América Latina*, Patria Grande, Buenos Aires, 1977.

Los medios o formas de comunicación con las cuales somos evangelizados y evangelizamos, son múltiples. Pablo VI las resume fundamentalmente en tres: la vida cristiana, la palabra y el sacramento.

La vida cristiana incluye el modo habitual como se piensa y actúa. Un estilo, un modo, un tipo de actitud o de conducta frente a las diversas situaciones o realidades que presenta la existencia. A través de los gestos externos se revela o manifiesta el interior del corazón. Y en concreto, la vida auténticamente cristiana revela una escala de valores y criterios netamente evangélicos<sup>65</sup>.

Si la conducta es signo de los valores que la inspiran, éstos sólo se hacen nítidos por la palabra. La palabra pone nombre a lo que un modo de vivir tan sólo sugiere, sin nombrarlo. Sin la palabra no es posible que se perciba a Aquél en quien se deposita la propia fe, quien es objeto de la propia esperanza. La función de la palabra se inscribe en la línea de explicitar las razones de vivir y de esperar. El testimonio requiere ser completado por la palabra<sup>66</sup>.

La palabra puede asumir diversas formas: anuncio, enseñanza, catequesis, homilía. La palabra simple cumple el papel de “esclarecer” y de “justificar”<sup>67</sup>.

El tercer medio por el cual se evangeliza es el sacramento<sup>68</sup>. Así como la vida está constituida por acciones y obras; el hablar, lo está por la palabra y el culto, por los ritos. De los tres modos: viviendo, hablando y celebrando, se evangeliza.

Los ritos son acciones que representan lo que queremos expresar. Son significaciones de algo en lo que creemos, esperamos, amamos, suplicamos. Por caminos diversos al de la palabra —de naturaleza más conceptual—, los símbolos son sumamente expresivos y comunicativos. Mediante símbolos celebramos aquello en lo cual creemos. Celebrar es festejar. Y no festejamos cualquier cosa, sino tan sólo aquello que es digno de ser celebrado.

La celebración litúrgica y sacramental es siempre una celebración de la fe. De una fe que merece la pena ser celebrada. Y al celebrarla, ésta se despierta, se intensifica y se renueva en cada uno de los que participan. Y esto significa evangelizar y ser evangelizado, mediante las celebraciones, los sacramentos y también las fiestas religiosas.

<sup>65</sup> Cfr. EN 41; 69 y 76.

<sup>66</sup> Cfr. EN 42-44; 22 y 11.

<sup>67</sup> Cfr. EN 22.

<sup>68</sup> Cfr. EN 47 y 23.

### b) *El ímpetu interior evangelizador*

Las dimensiones reseñadas cobran unidad en el sujeto que evangeliza, mediante ese tono y armonía interiores, esa espiritualidad básica, que designamos como ímpetu interior. El fundamento del mismo ha de radicar en una inquebrantable confianza de que el poder de Dios está presente siempre que se transmite su Palabra<sup>69</sup>.

El evangelizador ha de acoger en sí mismo y luego esparcir como semilla, una Palabra que se identifica con la persona de Cristo. Una Palabra que lleva dentro de sí el poder de germinar, de desarrollarse y de dar fruto, independientemente aún de quien la ha sembrado. Se le exige al portador de la Palabra una fe que lo trasciende y, a la vez, lo realiza. Fe en el poder de Dios, en la energía escondida, en la fuerza evangélica que:

... *puede transformar verdaderamente al hombre de hoy*<sup>70</sup>.

No ofrece una semilla de segunda calidad, vencida. Tal convicción es esencial para que pueda alojarse y crecer en el evangelizador el ímpetu interior, en el que intentaremos adentrarnos seguidamente.

### 1. *TESTIMONIO TRANSPARENTE*

Se ha hablado mucho de testimonio, hasta el punto de tornarlo un objetivo de la vida cristiana. Ciertamente la vida conforme al Evangelio es una vida que testimonia. Pero esto es muy distinto que hacer del testimonio un objetivo, una meta, un fin. Por este camino se corre el riesgo de irse deslizado por el tobogán de las apariencias, de las actitudes forzadas o también artificiales. Y así no se contagia el Evangelio.

Con la expresión *testimonio transparente* se busca expresar algo no postizo sino real: vivir conforme a lo que se cree. Dejar que el Evangelio impregne el ser mismo de la persona. Ya no preocupará dar o no dar testimonio —en cuanto fin u objetivo—, sino transparentar simplemente la verdad de lo que se es, de lo que se vive. En una palabra dejar que aflore la autenticidad de la vida tal cual es. Esta actitud es esencial por cuanto:

<sup>69</sup> EN 4.

<sup>70</sup> Ibid.

*Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos . . .*

*el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible (cfr. Heb 11, 27). El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda<sup>71</sup>.*

La autenticidad de vida y su coherencia supone un proceso. Ellas son reflejo del crecimiento y armonización de la totalidad de la persona. Signo de salud y madurez humana.

No se trata aquí de cualquier crecimiento, sino de un crecimiento e integración en la línea de los valores evangélicos bajo el influjo de las virtudes teologales.

La palabra que no surge en coherencia con la vida corre el riesgo de hacerse vana e infecunda. El fundamento del testimonio transparente es la experiencia de Dios. Cuando ella es real, por el poder del Espíritu, la Palabra va armonizando la existencia concreta de la persona. Se requiere también el esfuerzo y la ascética por parte de la persona. Pero un esfuerzo y ascética en el orden de crecer en la línea del ser en comunión con el Dios Amor revelado en Jesucristo. El resultado de tal proceso será una serena posesión de la propia identidad cristiana, del propio ser que evangeliza con su testimonio transparente y hace creíble el mensaje, la Buena Noticia, que anuncia a los otros.

Este es un aspecto esencial del ímpetu interior: la coherencia de la fe con la vida, no por artificios o forzados equilibrios exteriores, sino desde la coherencia de la identidad personal.

<sup>71</sup> EN 76.

## 2. BUSQUEDA DE LA UNIDAD EN EL AMOR

La unidad de la persona es difusiva, así como su desintegración suele ser conflictiva. El crecimiento del evangelizador en su identidad personal lo va llevando a una paciente y perseverante búsqueda de la unidad en el amor. De la unidad interior surge la posibilidad de una positiva construcción de la unidad en la comunicación eclesial. Sin querer limitar la obra del Espíritu, éste normalmente opera la unidad de la Iglesia, a través de personas concretas capaces de generar gestos de fraternidad y comunión, sea entre agentes de evangelización, sea entre instituciones apostólicas.

La unidad de la Iglesia no es sólo una unidad formal o jurídica, aún cuando sea susceptible de ser expresada también en formas jurídico-institucionales. Es una unidad de carácter sacramental y escatológico. Sacramental por cuanto la Iglesia, en sí misma, ha sido constituida como sacramento universal de la unidad del género humano. Escatológico, desde el momento que la unidad acabada y perfecta no es propia de este tiempo histórico sino de la consumación prometida por Jesucristo.

Cabe recordar que la unidad de la comunión eclesial no significa uniformidad. Como así también que las más perfectas estructuras de comunión y de participación pueden, de hecho, generar o profundizar divisiones. Esto nos lleva a percibir con mayor claridad que sólo el amor hace posible la unidad en la diversidad. Pero:

*¿de qué amor se trata?*

se pregunta Pablo VI y responde:

*... mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre; más aún, el de una madre*<sup>72</sup>.

Y seguidamente Pablo VI caracteriza algunos de sus signos:

*Un signo de amor será el deseo de ofrecer la verdad y conducir a la unidad. Un signo de amor será igualmente dedicarse sin reservas y sin mirar atrás al anuncio de Jesucristo. Añadamos ahora otros signos de este amor. El primero es el respeto a la situación religiosa y espiritual de la persona que se evangeliza. Respeto a su ritmo que no se puede forzar demasiado. Respeto a su conciencia y a sus convicciones, que no hay que atropellar.*

<sup>72</sup> EN 79.

*Otra señal de este amor es el cuidado de no herir a los demás, sobre todo si son débiles en su fe, con afirmaciones que pueden ser claras para los iniciados, pero que pueden ser causa de perturbación o escándalo en los fieles, provocando una herida en sus almas*<sup>73</sup>.

Es un amor en contacto con la verdad de Dios, de uno mismo, de los otros y del mundo. Porque se halla en buenas relaciones con la verdad, puede desear ofrecerla para conducir a la unidad.

Es un amor centrado en una persona: Jesucristo. Al centrarse en una persona, posibilita la entrega, sin reservas ni miramientos, amando todo lo que El ama y anunciándolo con la audacia y fortaleza que brotan de ese amor.

Es un amor que respeta al otro. Respeta su situación, su ritmo, su conciencia. Un amor que evangeliza aceptando al otro como es. Un amor que no lo instrumenta, ni lo manipula. Simplemente, un amor que ama adultamente y porque ama anuncia el Evangelio como un bien para el otro, adecuándose él mismo a la situación, circunstancias y posibilidades del evangelizado.

Es un amor que no atropella, no lastima, no escandaliza. Un amor que construye la unidad, desea la unidad, convencido de que ella constituye el signo más importante de credibilidad exigido por el Señor. Persuadido profundamente que las personas y las estructuras eclesiales son signos eficaces de Cristo presente, en la medida en que vivan la comunión<sup>74</sup> expresada mediante reales lazos de fraternidad, solidaridad y corresponsabilidad.

Este segundo aspecto del ímpetu interior está profundamente ligado al anterior. Exige que el amor sea la motivación profunda de todas las acciones. Que esté siempre en proceso de dilatación y de profundización. Un amor como el descrito, no puede sino conducir a una creciente integración y armonización auténtica de la persona y, de este modo, acrecienta la posibilidad de un testimonio transparente y es generador de comunión y unidad.

<sup>73</sup> *Ibid.*

<sup>74</sup> Cfr. J. Esquerda Bifet, *Lo spirito dell'evangelizzazione: AA VV, L'annuncio del Vangelo oggi*, Pontificia Universidad Urbaniana, Roma, 1977, 488. Este autor es quien más se aproxima a la perspectiva de una mística de la evangelización, aún cuando su reflexión se circunscribe a la espiritualidad misionera.

### 3. SERVICIO DE LA VERDAD

Jesús se autorevela en el Evangelio de Juan identificándose como:

*... el camino, la verdad y la vida*<sup>75</sup>.

Anunciar a Jesucristo, es un servicio a la verdad. Es entregar la verdad que hemos recibido en su persona, en su Palabra. De allí que pueda designarse al evangelizador como aquél que busca la verdad continuamente y encontrándola la entrega, la sirve, la comparte. Es en esta perspectiva como Pablo VI nos habla de la verdad:

*El Evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que hace libres (cfr. Jn 8, 32), y que es la única que procura la paz de corazón: esto es lo que la gente va buscando cuando le anunciamos la Buena Nueva. La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y su misterioso destino, la verdad acerca del mundo. Verdad difícil que buscamos en la Palabra de Dios y de la cual nosotros no somos, lo repetimos una vez más, ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los herederos, los servidores.*

*De todo evangelizador se espera que posea el culto a la verdad, puesto que la verdad que él profundiza y comunica no es otra que la verdad revelada y, por tanto, más que ninguna otra, forma parte de la verdad primera que es el mismo Dios. El predicador del Evangelio será aquél que, aún a costa de renunciaciones y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar. No rechaza nunca la verdad. No oscurece la verdad revelada por pereza de buscarla, por comodidad, por miedo. No deja de estudiarla. La sirve generosamente sin avasallar*<sup>76</sup>.

Dos virtudes están íntimamente ligadas al servicio de la verdad: la humildad y la justicia. La humildad en cuanto veraz conciencia de sí mismo, dilata las pupilas de la mente y el corazón, posibilitándoles la percepción de la realidad tal cual ella es, permitiéndole entrar en pacífica comunión con la verdad de Dios, de los otros, del mundo y de

<sup>75</sup> Jn 14, 6.

<sup>76</sup> EN 78.

sí mismo. La justicia, en cuanto que ella es manifestación de la verdad realizada: la verdad se realiza en la justicia.

La verdad exige ser buscada, estudiada, completada. Se nos comunica gradualmente, en la medida en que no nos comportamos respecto de ella como dueños o árbitros, sino como depositarios, herederos y servidores.

El servicio de la verdad conlleva la exigencia de una doble fidelidad: a Dios y a los hombres<sup>77</sup>, aunque ello implique renunciaciones y sacrificios. Tal fidelidad bipolar exige una comunión cada vez más profunda con el misterio de Dios y un conocimiento más respetuoso del misterio del hombre.

El ímpetu interior encuentra así, en la verdad, una densidad objetiva. Le impele a una permanente búsqueda en una ascesis de crecimiento personal y comunitario, ya que no se trata de cualquier verdad, sino de aquella, que nos hace auténticamente libres, esto es, plenamente personas.

#### 4. CON EL FERVOR DE LOS SANTOS

De esta manera intitula Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi*, el párrafo final de la parte dedicada al espíritu de la evangelización. Es precisamente en ella, en la que se refiere al ímpetu interior.

Muchos son y serán los obstáculos que se oponen a la evangelización: incomprensión, persecución, cerrazón del corazón, escándalo, injusticias, etc. Suelen ser exteriores y superables por la fuerza del Espíritu. Pero también hay obstáculos interiores que anidan en el corazón de quienes, como miembros de la Iglesia, tienen —solidariamente<sup>78</sup>— la misión de evangelizar:

*... nos limitaremos a citar la falta de fervor, tanto más grave cuanto viene de dentro. Dicha falta de fervor se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y de esperanza<sup>79</sup>.*

<sup>77</sup> EN 4: *Fidelidad a un mensaje del que somos servidores, y a las personas, a las que hemos de transmitirlo intacto y vivo.*

<sup>78</sup> EN 60: *Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial.*

<sup>79</sup> EN 80.



Es que no basta conocer los contenidos del mensaje que queremos transmitir, como tampoco es suficiente poseer un grado elevado de madurez e integración personales. Ellos son elementos importantísimos e insustituibles, pero carecen de vida si no van acompañados de la dimensión interior del fervor.

Podría argüirse, para justificar la apatía o el escepticismo, que Dios es el principal interesado en la salvación de los hombres y que hallará el camino más adecuado para cada uno. Pablo VI sale al encuentro de tal objeción expresando:

*... los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio; pero, ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza —lo que San Pablo llama avergonzarse del Evangelio (cfr. Rom 1, 16)— o por ideas falsas omitimos anunciarlo? Porque eso significaría ser infieles a la llamada de Dios, que, a través de los ministros del Evangelio, quiere hacer germinar esa semilla; y de nosotros depende el que esa semilla se convierta en árbol y produzca fruto<sup>80</sup>.*

De un modo análogo a como el cristiano, todo cristiano, está llamado a la santidad, cabe entender la vocación a la evangelización. En uno y otro caso las especificaciones y formas concretas serán diversas, conforme a las circunstancias y estados propios de vida. Sin embargo, algo queda absolutamente claro: la salvación —cuya plenitud es la santidad— no puede alcanzarse si se es infiel a la misión de evangelizar. De allí que Pablo VI en el mismo documento nos exhorte con peculiar énfasis:

*Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando haya que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la*

<sup>80</sup> *Ibid.*, lo que también es expresado desde otra perspectiva, en EN 24:

*... el que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino sin convertirse en alguien que, a su vez, da testimonio y anuncia.*

En categorías clásicas podría hablarse de la evangelización como “deber de Estado” de cada bautizado.

*historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo*<sup>81</sup>.

El fervor espiritual que se requiere, no es un simple entusiasmo de carácter psicológico. Es fruto de ese peculiar equilibrio y plenitud personales que contagia la santidad, entendida ésta no como un subjetivo perfeccionismo, sino como plena comunión de amor con Dios y con todos los hombres, en Jesucristo.

## CONCLUSION

El trabajo expuesto tiene sus límites: es una primera aproximación, muy exploratoria aún, a esa espiritualidad que deriva del Bautismo, de la pertenencia al Pueblo de Dios, y que designamos como “una mística de la evangelización”.

El tema mismo, por el carácter complexivo que posee, requiere ulteriores aproximaciones. Mencionaremos tan sólo dos de ellas. La primera, abordarlo a través de un triple binomio de categorías sintéticas. Ellas serían: conversión - reconciliación; comunión - participación y personalización - socialización. La segunda, relacionar directamente la “mística de la evangelización” con los diferentes estados de vida y los carismas particulares. Ello, en lugar de anular la riqueza de la diversidad, la enfatizaría por cuanto el resaltar la universalidad de lo que es común, permite que lo particular y específico destaque su peculiar identidad.

Asimismo, con ocasión del Año Mariano instituido por Juan Pablo II, cabría profundizar la reflexión sobre María, *estrella de la evangelización*<sup>82</sup> ya que, según la expresión de von Balthasar,

<sup>81</sup> EN 80.

<sup>82</sup> EN 82.

... *la espiritualidad mariana, en su verdadero sentido, es idéntica a la espiritualidad de la Iglesia en el estado previo a su diferenciación en carismas particulares, y precisamente por ello confiere, como "espiritualidad de las espiritualidades", el espíritu universalmente válido y fundamental propio de todos los carismas particulares*<sup>83</sup>.

Permítasenos finalizar con un interrogante: ¿Hasta qué punto la nueva comprensión y conciencia que la Iglesia tiene de sí misma y de su misión —desde el *Vaticano II* a la *Evangelii Nuntiandi*—, no es una invitación del Espíritu a la reformulación de todas las espiritualidades, de modo que redescubran lo propio y específico, a la luz de *una mística de la evangelización* común a todo el Pueblo de Dios?

GUILLERMO RODRIGUEZ MELGAREJO

<sup>83</sup> Balthasar, Hans Urs von, *El Evangelio como criterio y norma de toda espiritualidad en la Iglesia*: "Concilium" (Madrid), 9 (1965), 21.